

NORMATIVISMO O DESCRIPTIVISMO EN LA EPISTEMOLOGÍA NATURALIZADA

Eduardo Sota
Universidad de Córdoba

El presente trabajo guarda continuidad con otro de nuestra autoría (1999) en el que se pretendía rechazar la imputación de relativista a Quine por parte de Laudan, a propósito de la tesis de infradeterminación de las teorías científicas. En este caso, la excusa es en relación con el naturalismo filosófico y su alcance descriptivo o normativo. Antes de examinar dicha problemática en el pensamiento de Quine, bosquejaremos algunas tesis sustantivas de este movimiento filosófico.

Rosenberg (1996, p. 4) identifica, al menos, cuatro notas distintivas del naturalismo:

- a) el rechazo de una 'filosofía primera': en este caso, la filosofía es eliminada de su rol propedéutico para la adquisición de conocimientos posteriores;
- b) el cientificismo: las disciplinas científicas –tanto su métodos como resultados– son la guía para la epistemología y la metafísica;
- c) el darwinismo: la teoría darwinista es el modelo de la teorización científica y guía para la teoría filosófica;
- d) se niegan los argumentos de no-cumulatividad y no-racionalidad, afirmados desde la historia y sociología de la ciencia.

Estas tesis se formulan teniendo como trasfondo dos presupuestos, a los cuales se oponen. Primero, en la ruta de Frege y del primer Wittgenstein, las cuestiones epistemológicas se plantean mediante el análisis lógico –es ésta, y no la psicología, el modo propio de abordar las cuestiones citadas. Segundo, se concibe el resultado de la reflexión filosófica como a-priori, esto es, la formulación de la lógica de la ciencia contribuye al mejoramiento de la metodología científica.

Sobre el rechazo de ambos presupuestos se articula, en parte, el contenido del naturalismo, en el cual es dable distinguir, empero, una ruptura más débil y otra más fuerte (Kitcher, 1992, p. 58) con el modo tradicional de concebir la epistemología. Una de las estrategias reflexiona sobre la empresa cognitiva indagando en su historia y en las capacidades de quienes participan en ella para de esta manera alcanzar formulaciones corregibles en las metas de tal empresa. Sin embargo, no

renuncia a cumplir con las funciones normativas propias del enfoque tradicional. La otra, radicaliza la estrategia, disolviendo las tareas de la epistemología en disciplinas científicas particulares, tales como la psicología, la sociología de la ciencia, etc. —el colapso del apriorismo supone el colapso de la evaluación epistémica—.

En el marco de esta discrepancia suscitada por la ruptura naturalista, se inscriben las observaciones de Laudan —conspicuo naturalista normativo— respecto de las implicancias del naturalismo quineano. Para el primero, Quine

cree que la epistemología debería ser una cuestión no-normativa, en realidad una rama de la psicología descriptiva, meramente recordatoria de cómo construimos los cuerpos de 'conocimientos' que llamamos 'ciencia'. Quine cree que, con el fundacionalismo muerto y la teoría del conocimiento 'cientificista', no hay proyección legítima para el tipo de intereses normativos y prescriptivo que han preocupado tradicionalmente a los epistemólogos y metodólogos (1996, p. 133).

Nuestra tarea será, pues, examinar el carácter del naturalismo quineano; puntualmente, nos interesa desentrañar el siguiente camino de doble dirección: uno por el cual la epistemología está contenida en la ciencia natural, como un capítulo de la psicología, e igualmente el otro, por el cual la epistemología contiene a la ciencia natural. En términos de Quine:

Investigamos cómo el sujeto humano, que es objeto de nuestro estudio, postula los cuerpos y proyecta su física a partir de sus datos, y apreciamos que nuestra posición en el mundo es, justamente igual a la suya

y un poco más adelante:

hay un contenimiento recíproco, si bien en diferentes sentidos: de la epistemología en la ciencia natural y de la ciencia natural en la epistemología (1986, p. 110).

Esta última expresión es la que particularmente nos interesa escudriñar. La contención de la ciencia natural en la epistemología, ¿es una inocua expresión retórica, compensatoria de la disolución de la epistemología en un capítulo de la psicología?, ¿le es asignado a la epistemología un genuino rol prescriptivo, explicativo u otro, bien que en continuidad con los mismos cánones científicos?; ¿o es un expediente lingüístico por el cual parafrasea los objetivos propios de la ciencia,

deslizándose de este modo en una petición de principio? Algunas afirmaciones del autor así parecen sugerirlo:

La epistemología o algo que se le parece, entra sencillamente en línea como un capítulo de la psicología y, por tanto, de la ciencia natural. Estudia un fenómeno natural, a saber, el sujeto humano (Quine, 1986, p. 109).

Esta formulación, tomada literalmente, justifica en principio, la disgregación de la empresa epistemológica. En efecto, planteados los problemas de la manera convencional, esto es

¿cómo debemos arribar a nuestras creencias?, ¿cómo arribamos a nuestras creencias?, y, ¿son los procesos por los cuales arribamos a nuestras creencias, aquellos por los cuales debemos arribar a nuestras creencias? (Komblith, 1994, p. 1)

Esto da lugar a una departamentalización clara de las disciplinas que se ocupan de cada una de ellas. Así, la filosofía se ocupa de la primera mientras que la psicología de la segunda; una vez realizado independientemente sus trabajos, cotejan sus resultados para responder conjuntamente a la tercera cuestión. Sin embargo, esta demarcación se difumina, en parte, para el naturalismo, ya que la primera cuestión no puede ser respondida por fuera de los aspectos descriptivos que plantea la segunda. Este solapamiento se resuelve en sustitución, para el caso de un naturalismo radicalizado, que es precisamente el que Komblith le adjudica a Quine:

Diré del punto de vista que las cuestiones epistemológicas pueden ser reemplazadas por cuestiones psicológicas como la tesis del reemplazo (Komblith, 1994, p. 4).

Esta tesis es compatible con uno de los dos posibles modos con que S. Haack interpreta el naturalismo quineano: en este caso el naturalismo cientificista, por el cual la epistemología es asimilada a la ciencia natural, en la que se incluye la psicología empírica. En esta versión revolucionaria del naturalismo,

uno podría tener la impresión de que Quine espera que la psicología sea capaz de resolver los problemas porque, en su epistemología 'ilustrada', el carácter normativo de la noción de evidencia ha sido abandonado (1993, p. 345).

Veamos de qué modo logramos sustraer el naturalismo quineano de estas ca-

racterizaciones extremas. A través de su reiterada apelación a la parábola de Neurath arroja a ambas –epistemología y ciencia– a una común contingencia:

perseguimos un entendimiento de la ciencia como una institución o progreso en el mundo, y no pretendemos que ese entendimiento vaya a ser mejor que la ciencia que es su objeto (1986, p. 111).

No hay, pues, filosofía primera, y la filosofía misma no goza de más certeza que la propia ciencia, sino menos. Pero, ¿cuál es el alcance exacto –si la exactitud es posible frente a un lenguaje quineano frecuentemente ambiguo– de la expresión ‘perseguimos un entendimiento de la ciencia como una institución o progreso en el mundo’? ¿El ‘entendimiento’, supone construir una meta-metodología sometida a los mismos cánones de las teorías científicas, a la Laudan? ¡Decididamente no!

En reiterados trabajos, Quine ha delimitado de manera sucinta el cometido de la epistemología, a saber: cómo se relaciona la evidencia con la teoría; relación ésta que puede ser estudiada por las mismas ciencias naturales, particularmente por la psicología. Esta tiene el siguiente cometido:

la relación entre la magra entrada y la torrencial salida es una relación cuyo estudio nos apremia por, en parte, las mismas razones que apremiaron siempre a la epistemología; vale decir, al objeto de saber cómo se relaciona la evidencia con la teoría (1986, p. 109).

Pero la relación insumo-salida no es una entidad abstracta para ser estudiada en condiciones artificiales de laboratorio, bajo la pauta estímulo-respuesta, presuponiendo que el sujeto es una tábula rasa que aprende en condiciones ahistóricas. Antes bien, presupone filogenéticamente el tejido de creencias total desarrollado por la especie humana, desde el sentido común a un sentido común más refinado y elaborado, a saber, la ciencia, y se pretende investigar ontogenéticamente cómo los sujetos, niño o principiante científico, aprenden los respectivos lenguajes-teorías, partiendo de las oraciones observacionales ocasionales a aquellas que trascienden la evidencia disponible:

hay el principio aquí de la relación entre la teoría del aprendizaje del lenguaje y la teoría de la evidencia científica (1975, p. 74).

Los mecanismos a través de los cuales habiendo aprendido las oraciones

observacionales, adquirimos lenguaje teórico, son los mismos por los cuales la observación lleva evidencia a la teoría. La psicolingüística es pues, la estrategia para investigar la relación de apoyo evidencial entre observación y teoría, estrategia que supone el estudio científico del mismo método y evidencia científica. Desechada la filosofía como un estatuto a-priori, y adjudicada la relación problemática evidencia-ciencia natural, a la misma estrategia científica, ¿cabe a la epistemología buscar consuelo en una práctica terapéutica a la Wittgenstein?

En principio, estimamos que la epistemología quineana no transfiere sin mas sus contenidos y problemas al conocimiento científico a la Bloor, bien que no a la sociología de la ciencia sino a psicolingüística. Sin embargo, es menos fácil identificar y evaluar si preserva algún rol más o menos sustantivo que no sea la mera paráfrasis de los propios estándares del conocimiento científico. Creemos que, en particular, hay dos tesis que nos ayudarán a identificar el lugar y el cometido, bien que relativamente parasitario de los otros conocimientos, de la epistemología: la tesis holista y la noción del ascenso semántico.

La conocida tesis de Duhem, en la versión de Quine, nos dice que el enunciado típico sobre cuerpos no tiene un trasfondo de implicaciones experienciales que sean propias de ellas sino que dicho enunciado, contenido en una masa adecuada de teoría tomada en conjunto, tendrá implicaciones experienciales.

Ahora bien, la doctrina de Carnap, por la cual las cuestiones de la filosofía —cuando son cuestiones de verdad— lo son del lenguaje solamente, le permite establecer una frontera a lo largo del hemisferio teorético para sostener que las sentencias situadas a una parte de la misma tienen el privilegio de un contenido no verbal, o significación no verbal, de lo que carecerían las que se encuentran al lado de la línea de demarcación, va a ser cuestionado por Quine en 'Dos dogmas'. En efecto, allí repudia la idea de principios epistemológicos a priori, en particular, el ataque a la noción de analiticidad implica que aun los enunciados más centrales del sistema son revisables a la luz de la experiencia, si bien de un modo muy indirecto y sinuoso. De este modo,

las cuestiones ontológicas van a la par con las cuestiones científico-naturales [y la ciencia misma] es una prolongación del sentido común que consiste en hinchar la ontología para amplificar la teoría (1984, p. 80).

Todo el conocimiento conforma, pues, un mismo tejido de creencias desde el sentido común, pasando por la ciencia, más filosofía, si bien no ofrece una continuidad lineal y está más bien laxamente entrelazado. No hay por ende, en este sistema de creencias enunciados con un estatuto peculiar y privilegiado, lo cual

supone abandonar el sueño cartesiano de un fundamento para la ciencia más firme que la ciencia misma. El holismo, pues, para quien no hay enunciado alguno inmune a la revisión, nos lleva de la mano al naturalismo filosófico.

Ahora bien, ¿qué sello particular le es impreso a la filosofía bajo esa estrategia de naturalizarla? A continuación de la citada crítica a la distinción carnapiana, se plantea en *Palabra y objeto*:

reconoceremos un cierto paso del discurso sobre objetos al discurso sobre palabras a medida que la discusión pasa de la existencia de unicornios a la de puntos..., clases y lo demás (Quine, 1986, p. 280).

Ese cambio obedece a una maniobra que Quine denomina ascenso semántico, que nos lleva del discurso con ciertos términos al discurso sobre ellos. Para Quine, el ascenso semántico se aplica en todas partes, con la salvedad de que es más útil en contextos filosóficos que en todos los demás. La estrategia de este expediente supone llevar la discusión a un ámbito tal en el cual ambas partes coincidan mucho más fácilmente sobre los objetos –que son palabras– y de los términos principales referentes a ellos.

La estrategia consiste en ascender hasta la parte común de dos esquemas conceptuales fundamentalmente dispares, para discutir mejor los dispares fundamentales. No puede pues, asombrar que sea útil en filosofía.

Esto no niega que sea aplicable de hecho en las ciencias de la naturaleza, tal como la teoría de la relatividad que se aceptó, entre otros motivos, por consideraciones referentes a la teoría misma tomada como discurso, ‘a su simplicidad en comparación con otras teorías posibles’. La cuestión de lo que hay no es pues ajena a la filosofía y a otros géneros de conocimientos. Y así enumera Quine lo que dice que hay, la geografía hasta la matemática, pasando por la biología y la física. Ahora bien, y esto es un punto importante para nosotros:

sólo la amplitud de las categorías establece una distinción entre el interés ontológico del filósofo y todo eso otro (1986, p. 284).

Lo que no implica que no sea el mismo científico el que deba decidir sobre la existencia de unicornios, o el matemático si hay números primo; en cambio

lo propio de la epistemología es el escrutinio de esa aceptación acrítica del reino

de los objetos físicos mismos, o del de las clases. La tarea consiste aquí en explicar lo que había estado implícito, en precisar lo que había sido vago, en exponer y resolver paradojas... (1986, p. 284).

Dicha tarea no la realiza en un plano neutral, sin embargo, sino que está sujeta a las mismas contingencias que el científico, ya que el examen del esquema conceptual de la ciencia lo aborda desde algún esquema conceptual, sujeto él mismo a escrutinio para perfeccionar su sistema desde dentro, en punto a simplicidad y coherencia, tal como lo busca el científico. Ambos también apelan al ascenso semántico, y tratan de salvar sus enunciados por las posibles conexiones con la estimulación verbal, bien que las disponibles al filósofo sean notablemente más remotas. Aún más,

es verdad que ningún experimento zanjará nunca una cuestión ontológica, pero eso se debe exclusivamente a que estas cuestiones están conectadas con la irritación de las superficies sensibles de un modo particularmente múltiple, y a través del laberinto de la teoría intermedia (1986, p. 284).

A través de esta ascesis conceptual y lingüística el filósofo se encuentra situado de cara a abordar el esquema teórico de la ciencia desde sus propios esquemas, cohabitando ambas estructuras en la misma barca en alta mar, sólo que una desventaja añadida al repertorio –‘ningún experimento zanjará nunca una cuestión ontológica’–. Lo que insinuábamos al comienzo se vuelve ahora más explícito: naturalismo, sin duda; si normativo, débil, por la restricción añadida.

Ahora bien, intentaremos identificar más en detalle el resultado de la tarea del epistemólogo quineano en orden a las prescripciones.

Dado que la relación evidencia-teoría es una de las preocupaciones que desvela al epistemólogo, y ya que lo que cuenta como observación –oraciones que establecen la evidencia– puede ser establecido en términos de la estimulación de los receptores sensoriales, Quine no advierte obstáculo alguno en apelar a la información que le pueda proporcionar la ciencia misma, por lo que recomienda que sea la psicología empírica la que investigue la diferencia resultante entre insumo-salida. Pero el propio objetivo es aún filosófico,

una mejor comprensión de las relaciones entre evidencia y teoría científica. Además, el camino para este objetivo requiere consideración lingüística y lógica con psicología. Esto es porque la fase especulativa tiene que preceder, generalmente,

la formulación de cuestiones relevantes para ser planteadas al psicólogo experimental (1975, p. 78).

Las propias especulaciones epistemológicas han arribado a un programa heurístico que cifra en parte su eventual éxito en el soporte que pueda proporcionarle la psicología. El resultado de dicha empresa tiene un saldo positivo y otro negativo: el primero supone haber sorteado las dificultades que ofrecía el proyecto carnapiano de la 'reconstrucción racional', y el otro, en fijar límites al movimiento pendular desde la desechada filosofía primera a la actual 'ola de nihilismo epistemológico' que conlleva la subestimación del papel de la evidencia y el énfasis en el relativismo cultural.

Además, en orden a disolver perplejidades, la epistemología naturalizada extrae la recomendación de evitar los enredos tramados por el escepticismo, ya que él mismo es un vástago de la ciencia:

Las ilusiones son ilusiones sólo relativas a una aceptación a priori de cuerpos genuinos con los cuales contrastar... La epistemología es mejor considerada, entonces, como una empresa dentro de la ciencia natural. La duda cartesiana no es el modo de comenzar (1975, pp. 67-68).

La misma ciencia natural –a saber, la teoría de la selección natural de Darwin– nos ayuda a explicar, si bien no a justificar, a través de la eficacia de la inducción, los éxitos de la propia ciencia.

Por otra parte, hay una porción meritoria a clarificar que va más allá o es anterior a lo que nos puede brindar la psicología, neurología y biología, y es la parte donde la teoría es testeada por la predicción, para la cual nos basta no mucho más que el análisis lógico. La presunta autosuficiencia de la lógica, no delata sino la adherencia quineana por el modus ponens del método hipotético-deductivo popperiano, en materia de contrastabilidad; es decir, la comprobación de la hipótesis científicas supone la contrastación de las categóricas observacionales implicadas por aquéllas. Aquí no es posible la verificación concluyente sino la refutabilidad de las mismas:

Así pues, la comprobación de una hipótesis gira en torno a la relación lógica de implicación. De un lado, el teórico, tenemos el acervo de la teoría más la hipótesis. A partir de esta combinación se llevará a cabo la implicación. Del otro lado, el observacional, tenemos una generalización que el experimentador puede poner a prueba inmediatamente (1992, pp. 28-29).

Sin embargo, volviendo a la predicción como tal, Quine aclara más adelante, creemos que atinadamente, que la previsión es el juego propio de la ciencia, aunque

en ocasiones constituye también el objetivo del juego, y que en los primeros tiempos otorgó a la ciencia primitiva su valor para la supervivencia; pero en nuestros días los objetivos que abrumadoramente dominan el juego de la ciencia son la tecnología y la comprensión de la realidad (1992, p. 43).

Ese entendimiento le lleva a formular una norma coincidente con una distintiva de la epistemología empirista: 'nihil in mente quod non prius in sensus', norma que habita en el espacio de las categorías citadas de elevado nivel de generalidad, compatible con los resultados de la misma ciencia natural y, por ende, falible como tal. Su normatividad tácita deriva de orientar la investigación científica teniendo presente que la evidencia provendrá de la información que recogemos del mundo a través de los impactos en nuestros receptores sensoriales, poniéndonos en guardia respecto a posibles extravíos, tales como la telepatía y otros afines. Más precisamente, y sorprendentemente como lo advierte Foley (1994, p. 251), las recomendaciones se filtran también en el contexto denominado convencionalmente como de descubrimiento por oposición al de justificación, que es donde se planteaban las cuestiones normativas. Quine, por su parte, distingue un proceso de comprobación de las teorías y uno de elaboración de las mismas. Este último — que corresponde al contexto de descubrimiento— es el de la invención de nuevas teorías o de revisión de las existentes en función de predicciones frustradas. Es aquí donde se introducen aspectos normativos, ya que, de cara a determinadas categóricas observacionales refutadas y, en función del holismo, carecemos de métodos para determinar qué creencias desechar, aunque se proponen criterios que restrinjan los cambios posibles a introducir en la red de creencias previas y, en dirección contraria, criterios que tiendan a simplificar el corpus de creencias, lo que puede implicar introducir drásticas transformaciones en el sistema. Se proponen así, máximas heurísticas en tensión, como son la de la búsqueda de la mayor simplicidad y de la menor mutilación posible en el sistema de creencias, a los fines de alcanzar predicciones que impliquen categóricas observacionales verdaderas. Esta es la dimensión tecnológica citada de estas normas heurísticas, ya que ellas promueven una creciente eficacia en la predicción de los estímulos sensoriales. Y, a estos efectos, no sólo la psicología, sino también la neurología, matemáticas, estadística y cualquier otra ciencia relevante para sugerir prescripciones atinentes a la tecnología normativa, deben ser tenidas en cuenta.

La normatividad, si es concedida a esta epistemología naturalizada, son tenues trazos –por su ampulosa distancia con la evidencia empírica– que nos permiten analizar las deformidades del sistema holístico, proporcionándonos tesis que aumentan la inteligibilidad del mismo y orientan el derrotero de la investigación científica.

La dimensión descriptivista –léase psicolingüística– es precisamente una de las normas a que arriba esta epistemología naturalizada, para salvar la noción de evidencia en relación con la teoría y evitar el marasmo relativista de Kuhn y uno de sus eventuales epígonos, la sociología de la ciencia.

Por lo expuesto, no coincidimos con la afirmación de Laudan de que para Quine no hay lugar para intereses prescriptivos y normativos que ha preocupado a la epistemología tradicional pero, sin dudas, muy lejos de la conclusión del mismo autor por la cual

la elección entre teorías rivales de la metodología no es más problemática que la elección entre las teorías empíricas rivales (1996, p. 134).

El carácter del normativismo de Quine es más bien débil, en tanto sólo aspira a formular unas pocas tesis que hagan más comprensible el sistema global y orienten las subsiguientes búsquedas teniendo presente lo que ha de contar como evidencia empírica.

Ahora bien, ¿cuál es el alcance y valor, considerado desde la metateoría, del difundido y controvertido naturalismo de Quine? Bajo determinadas lecturas, muy bien pueden entrañar una posición dilemática en cuanto a su importancia.

En efecto, si concedemos razones a la posición que se ha pretendido cuestionar aquí –sucintamente, la tesis del reemplazo–, la epistemología como tal colapsa. Kim lo plantea de la siguiente manera:

mientras ella [la epistemología naturalizada de Quine] puede ser una investigación científica legítima no es un tipo de epistemología y, por ende, la cuestión de si es un mejor tipo de epistemología no puede plantearse (1994, p. 43).

Ya que el concepto de creencia es un concepto esencialmente normativo, y si la normatividad es excluida de la epistemología naturalizada no puede ser un pensamiento acerca de creencias.

Si, por el contrario, tiene contenido normativo, cabe preguntarnos por el valor del mismo, esto es, la novedad que aporta en el modo de concebir o hacer filosofía, específicamente, epistemología.

A este respecto, Gibson señala que la tarea de la epistemología –quienamente concebida– es dar cuenta del método y evidencia que tenemos de la ciencia corriente, para lo cual es central el estudio de la relación entre la estimulación sensorial del sujeto y su respuesta verbal. Esta relación requiere un estudio en dos pasos: primero, la relación entre el insumo físico y las oraciones observacionales – R_1 –, y, luego, entre estas y las oraciones teóricas – R_2 –. Ambos tienen aspectos causales, como así también aspectos evidenciales, pasibles de estudios científicos. Además, R_2 posee aspectos normativos; aquellos que hemos esbozado más arriba y que el mismo Quine admite explícitamente:

El naturalismo no sólo relega la cuestión de la realidad a la ciencia; lo mismo hace para la epistemología normativa. Lo normativo es naturalizado, no abandonado. El principal coronamiento de la epistemología naturalizada es nada menos que el empirismo mismo, puesto que el empirismo es una regla del método y del descubrimiento científico (1990, p. 228).

Así, el empirismo naturalizado de Quine, según Gibson,

constituye su propia contribución al estudio de esa relación (de la teoría con la observación que la sostiene), su contribución a una consideración científica históricamente emergente (descriptiva y normativa) de la naturaleza del conocimiento científico (1996, p. 454).

Pero, en este punto y, a pesar de la estridencia que Quine supone provocar con la naturalización de la epistemología, su manera de concebirla y realizarla no se aparta, con las diferencias del caso, del modo histórico-clásico de concebirla y llevarla a cabo. Así lo reconoce Quine al afirmar que se ocupa de

la que ha sido tarea central de la epistemología tradicional, esto es, de la relación entre la ciencia y sus datos sensoriales (1992, p. 41).

Incluso, en la sección dedicada al naturalismo de su último libro, reitera que el mismo trata de la cadena causal que va de los impactos de los rayos y partículas sobre nuestros receptores a una teoría rudimentaria del mundo exterior y, el aspecto normativo-heurístico se cuele, a nuestro parecer, en la reconstrucción racional de la ciencia empírica que:

sólo irrumpe en los intersticios conjeturales, o allí donde las complejidades de un

accidente histórico oscurecen la comprensión esquemática que perseguimos (1998, p. 23).

De este modo, no es difícil coincidir con R. Foley que los aspectos distintivos que pueden diferenciar a Quine de un Descartes o un Carnap, no es especialmente interesante. Uno de esos aspectos es destacar que los cánones de la creencia racional son los cánones de la ciencia, pero esto significa que

el contenido de las recomendaciones de Quine es diferente de las de otros epistemólogos, no que esta manera de hacer epistemología sea diferente (1994, p. 258).

El otro aspecto distintivo es aquel por el cual, de su rechazo de la distinción analítico-sintético y su defensa del holismo en el cual instala las normas epistemológicas que gobiernan la revisión de la teoría global, procede a continuación de la manera usual:

las normas específicas que favorece son unas que recomienda desde su gabinete filosófico, con poco o ningún interés en una defensa empírica de ellas. (...) Su rechazo de la distinción analítico-sintético hace una diferencia significativa cuando pensamos sobre el status metafísico de sus afirmaciones, pero tiene poca relevancia cuando Quine está haciendo realmente epistemología (Foley, 1994, pp. 258-9).

En síntesis, si la epistemología naturalizada es el estudio de una relación nomológica-causal, su tema no es el de la justificación, por ende, deja de ser epistemología; y si la epistemología naturalizada preserva componentes normativos, sus resultados están por debajo de las promesas innovadoras que sugiere.

Referencias bibliográficas

- Foley, R. (1994), «Quine and Naturalized Epistemology», *Midwest Studies in Philosophy* XIX, 243-259
- Gibson, R. (1996), «Quine and Davidson: Two Naturalized Epistemologists», *Inquiry* 37, 449-63.
- Haack, S. (1993), «The Two Faces of Quine's Naturalism», *Synthese* 94, 335-356
- Kim, J. (1994), «What Is 'Naturalized Epistemology'?, en Kornblith, H. (ed.) *Naturalizing Epistemology*, Massachusetts Institute of Technology.
- Kornblith, H. (1994), «Introduction: What Is Naturalistic Epistemology?», en Kornblith, H. (ed.), *Naturalizing Epistemology*, Massachusetts Institute of Technology.
- Laudan, L. (1996), *Beyond Positivism and Relativism*, Westview Press.
- Quine, W. (1968), *Palabra y objeto*, Barcelona: Labor.

- _____ (1975), «The Nature of Natural Knowledge», en Guttemplan, S. (ed.), *Mind and Language*, Oxford: Clarendon Press.
- _____ (1984), «Dos dogmas del empirismo», en: *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona: Orbis.
- _____ (1986), «La relatividad ontológica y otros ensayos», Madrid: Tecnos.
- _____ (1990), «Comment on Lauener», en Barrett and Gibson (eds.), *Perspectives on Quine*, Cambridge: Basil Blackwell.
- _____ (1992), *La búsqueda de la verdad*, Barcelona: Crítica.
- _____ (1998), *Del estímulo a la ciencia*, Barcelona: Ariel.
- Rosenberg, A. (1996), «A Field Guide to Recent Species of Naturalism», *British Journal of Philosophy* 47, 1-29.
- Sota, E. (1999), «Relativismo e infradeterminación de las teorías», *Epistemología e Historia de la Ciencia* 5 (5), 446-451.